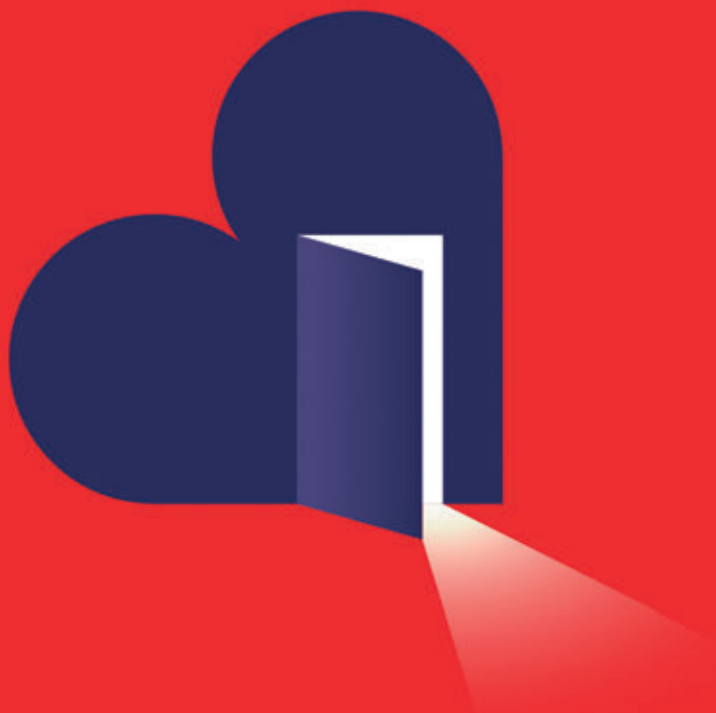


Megan Maxwell

¿Quién eres?



¿Quién eres?

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Pevuna / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: junio de 2020
ISBN: 978-84-08-22962-9
Depósito legal: B. 8.744-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Madrid, 1998

—En serio, María, no sé cómo mis padres siguen creyendo a mi hermana Julia, pero el caso es que, les cuente lo que les cuente, ¡la creen siempre!

—La colega se lo monta bien y miente aún mejor.

—¿Que si miente bien? —se mofó Martina pensando en su hermana—. Julia se está haciendo una profesional de la mentira. A mí..., es que... es que me deja sin palabras, pero eso sí, luego, cuando la lía, ¿a quién acude siempre?

—A ti..., porque para eso eres la pringada de su hermana.

—¡Maríaaaaaaa!

—Ehhhh... Yo soy sincera y digo la verdad. No te enfades.

Martina y María, que eran amigas desde hacía años, caminaban por una céntrica calle de Madrid hablando de sus cosas.

—No me enfado, y no te voy a quitar la razón —aseguró Martina—. Soy una pringada y mi hermana se lo monta muy bien.

—¡Pero que muy bien!

Ambas rieron por aquello, y María, deseosa de cambiar de tema, miró a su amiga y propuso:

—¿Qué te parece si esta noche nos vamos de fiesta?

—Imposible.

—¿Imposible?

—Sí —afirmó Martina.

—¿Por qué?

Martina lo pensó rápidamente. La verdad era que no tenía nada que hacer, pero no le apetecía salir, y, antes de que pudiera responder, María contraatacó.

—¿Pretendes meterte en el sobre a las diez de la noche un viernes? ¡Pero serás abuela!

Martina resopló, ¡ya empezaba!, y su amiga insistió:

—Tengo entradas para una fiesta muy chula que da un servidor de informática y las vamos a aprovechar sí o sí.

—Maríaaaaaaaaaaaaaaaaa...

Divertida, ésta cogió del brazo a su amiga y pidió:

—Va, petarda, no seas aburrida y vayamos a esa fiesta juntas.

Martina sonrió al oírla. Aquel tipo de fiestas tan tecnológicas y con tanto listillo que entendía de informática no eran lo suyo.

A pesar de ser profesora de niños pequeños, ella se resistía a informatizarse. Sabía lo justo de ordenadores, y aunque era consciente de que luchaba contra un imposible, era de las que seguían prefiriendo apuntar con bolígrafo en un papel las cosas y, por supuesto, ignorar esos chats de ligar que tan populares se habían vuelto en internet. Todo lo contrario de María, a la que le encantaban.

—Vamos, tronca.

—¡No soy tu tronca!

—Quizá conozcas a alguien interesante. ¡Nunca se sabe!

Martina sonrió. Interesante..., interesante, dudaba que encontrara nada, y musitó:

—Lo pensaré.

—¡Nanay de la China!

—Maríaaaaaaaaaaaa...

—Mira, tronca, ¡tú te vienes!

—¡Te he dicho que no soy tu tronca!

—Vale, colega, pues eres mi cortarrollos.

Martina rio divertida. María era ¡María! Ella y su particular manera de hablar siempre le habían hecho mucha gracia, y para picarla respondió:

—Mira que eres macarra hablando.

María resopló. Adoraba a su amiga. La quería una barbaridad,

pero su negatividad y sus miedos después de lo que le ocurrió a su novio tiempo atrás no le permitían avanzar.

Martina era guapa, joven, lista, simpática. Tenía todos los ingredientes necesarios para ser feliz, pero se negaba a darse la oportunidad de conocer de nuevo a alguien interesante y, como le había confesado en alguna ocasión, para ella el amor se había marchado con su ex.

Ambas amigas se miraron. Se conocían muy bien. En la mayoría de las ocasiones una simple mirada lo decía todo entre ellas, y María soltó suspirando:

—Como siempre te digo, tu felicidad comienza donde terminan tus miedos.

—No empecemos. —Martina sonrió.

María protestó. Veía en su amiga las ganas de llegar a casa, ponerse el pijama, prepararse algo de cena y tirarse en el sofá junto a su perro para ver algún aburrido concurso de la televisión o garabatear en el supuesto libro que estaba escribiendo para sí misma. ¡Planazo!

Pero no, esa noche no iba a consentirlo, e insistió:

—Mira que eres tostón.

—Que no, María, ¡que no salgo!

—Pero, vamos a ver, ¿acaso pretendes convertirte en una vieja solterona que vive rodeada de gatos?

Martina soltó una carcajada.

—No tengo gatos. Tengo un precioso perro y...

—Terminarás teniéndolos, tronca —la cortó—. Y les darás atún rojo con caviar iraní y hablarás con ellos. Lo sé.

Ambas rieron por aquello, y María insistió:

—Venga, es una fiesta. Habrá basca de todos los lugares, religiones y colores. Además, te podré presentar a esos colegas que conocí por la red de los que tanto te hablo últimamente.

—¡Paso!

—Van a sortear siete ordenadores.

—¡Qué ilusión! —se mofó Martina.

María resopló, pero insistió sin querer perder su positividad:

—Tía, pues a ti uno te vendría de lujo.

—¿Para que coja polvo? —se burló.

María meneó la cabeza.

—A ver, ¿tú no quieres escribir un libro?

—¡Baja la voz! —gruñó Martina.

Pero su amiga pasó de ella una vez más e indicó ignorándola:

—¿Y quién te dice que no conseguirás hoy la idea en esa fiesta para ese libro?

Según dijo eso, Martina parpadeó. Llevaba años intentando escribir algo, pero nunca encontraba «la idea». Sin embargo, ése no era el tema. El tema era que nadie a excepción de María lo sabía.

—En lo referente a eso —musitó—, ya sabes que...

—Lo sé. Lo sé. Ese libro es uno de los secretos mejor guardados del universo, pero, joder, tronca, ¿cómo vas a tener ideas si sólo trabajas, paseas a *Johnny* y ves la televisión? ¿Realmente crees que así se te ocurrirá una buena historia?

Martina no contestó. Sabía que su amiga llevaba razón.

—Además, me has dicho mil veces que las cosas que se te ocurren luego las pasas a limpio furtivamente en el ordenata del colegio —insistió María—. ¿Te imaginas poder hacerlo en tu casa?

—No.

—Te digo yo que te molaría.

Martina se encogió de hombros y, cuando se disponía a responder, María insistió:

—Venga, tía..., me muero porque escribas ese libro, leerlo y chulear de amiga escritora. ¿Te imaginas?

Divertida al oírla, Martina se mofó:

—¡Pero si tú no lees libros!

—Lo sé. Demasiadas letras juntas.

—¿Entonces...?

Parpadeando con gracia, María afirmó convencida:

—Pero el tuyo sí lo leeré. ¡Lo prometo! Es más, ¡espero que me lo dediques!

Martina sonrió divertida.

—Mira, me da igual lo que digas —dijo a continuación María con rotundidad—. A las diez en punto paso a buscarte por tu casa.

Ponte mona y guapa. —Sonrió y añadió, ignorando el gesto serio de su amiga—: Esto quiere decir taconcitos, no zapatillas de deporte. Hoy no toca eso, ¿vale?

Martina resopló al oírla, y aquélla insistió, mirándola con sus preciosos ojos azules:

—Y como estés en pijama cuando llegue, te juro por mi tía Lola la del pueblo que te saco de tu casa a rastras de ese modo, ¿entendido?

Su amiga sonrió. Conociéndola, sin duda lo haría.

María, encantada por la mirada de aquélla, se atusó con gracia su largo cabello negro mientras sus ojos vivos y chispeantes sonreían por sí solos.

Estaba claro que esa noche tenía que salir sí o sí, y finalmente Martina asintió y claudicó.

María era la gran amiga que toda persona querría tener y, por suerte, ella la tenía. Loca, divertida, amiga de sus amigos y muy muy sincera. Siempre decía las cosas a la cara, aun a sabiendas de que a veces podían doler. Pero María era así, directa y sin dobleces.

Una vez que llegaron al portal de Martina, su amiga se despidió con su clásico «¡Hasta luego, Lucas!» y se marchó. Debían prepararse para la fiesta.

Con una sonrisa, la joven entró en su portal y, mientras esperaba el ascensor, miró en su buzón. Como siempre había facturas y publicidad, en esta ocasión se sorprendió al encontrar una preciosa postal sin remitente en la que sólo ponía: «En el amor es imposible mentir. Te amo, princesa».

Asombrada, volvió a leerla. Sin duda el cartero se había equivocado de buzón y, sonriendo, se metió en el ascensor mientras pensaba quién sería esa afortunada princesa.

Cuando Martina llegó a su casa, nada más abrir la puerta su precioso perro *Johnny* salió a recibirla y a obsequiarla como cada día con uno de sus largos y maravillosos lametazos. *Johnny* era un hermoso gran danés gris que imponía más por su apariencia que por su carácter en sí.

Tras dejar el bolso sobre la mesita del salón junto con la postal

y el resto del correo, Martina miró el reloj que había encima del televisor. Eran las siete y media. Tenía dos horas y media antes de que la petarda de María pasara a buscarla.

Antes de eso debía ducharse, darle su paseo a *Johnny* y, cómo no, encontrar en su revuelto armario algo que ponerse para la dichosa fiesta. Por ello miró a su perro y dijo cogiendo la correa:

—Lo primero es lo primero: ¡salgamos a dar tu paseo!

Vivir cerca del precioso parque de El Retiro de Madrid era un lujo que Martina siempre había valorado. Y el día que encontraron aquella casa de grandes ventanales y con una luz increíble, se enamoraron de ella.

En cuanto Martina llegó con *Johnny* a una zona donde sabía que podía soltarlo, lo hizo rápidamente y el animal corrió en busca de sus amigos perrunos.

Durante más de media hora, Martina disfrutó de la compañía de aquellos amigos del parque, personas que, como ella, adoraban a sus animales y disfrutaban charlando mientras éstos corrían en libertad.

Al cabo de un rato, tras despedirse de ellos, Martina regresó a su casa para ducharse.

Nada más llegar, dejó la correa y comprobó que su perro tuviera agua, se encaminó hacia el equipo de música y puso la radio. Instantáneamente comenzó a sonar *Inolvidable*, de Laura Pausini. Le encantaba aquella cantante, y, tarareándola, se dirigió hacia la ducha.

Diez minutos después, cuando acabó, fue en albornoz hasta su habitación y se paró ante el armario. Después miró a su perro, que la observaba, y cuchicheó:

—Y ahora, veamos qué me pongo.

Durante un buen rato buscó y rebuscó. Su intención, como siempre, era no llamar la atención, y finalmente se decidió por un vestido negro que María y ella habían comprado a medias dos años atrás en las rebajas. Un vestido sencillo de gasa con los hombros al aire que las enamoró a ambas y que apenas se habían puesto un par de veces cada una.

Cuando acabó de vestirse, se maquilló un poco y, a continuación, levantando las cejas, se miró al espejo y afirmó:

—Reconstrucción terminada.

A las diez menos cinco sonó el portero automático y, como era de esperar, *Johnny* empezó a ladrar. Con una sonrisa, Martina cogió un pequeño bolso donde metió las llaves, el tabaco y la documentación y, tras mirar a su perro, se acercó hasta la alfombra donde éste descansaba y le dio un cariñoso beso en su enorme cabezota gris.

—Pórtate bien, ¿vale?

Dicho esto, le guiñó el ojo y, encaminándose hacia la puerta, se marchó.

Mientras bajaba en el ascensor, se miró en el espejo. Pocas eran las veces que se animaba a salir de fiesta y, observándose el trasero, musitó:

—Por suerte, sigues estando perfecto.

Segundos después, cuando el ascensor se detuvo y ella bajó, se dirigió con seguridad hacia la puerta del portal y, una vez que la abrió, oyó:

—¡Toma, Jeroma, pastillas de goma...!

—¡Maríaaaaa!

—Estás imponente, colega.

—¡Gracias, tronca! —se mofó Martina.

Sorprendida por lo guapa que estaba su amiga, tras darle dos besos en las mejillas, María preguntó:

—¿Te has comprado el vestido? ¿Es nuevo?

—No. Lavado con Perlan —se mofó Martina.

Según dijo eso, ambas rieron. Allí la de las frasecitas y las macarradas era María, no Martina, y esa frase era parte de la campaña de un famoso anuncio de detergentes de la época. Estaban divertidas por aquello cuando Martina preguntó:

—¿No te suena de nada el vestido?

María lo volvió a mirar. Era bonito. Y finalmente preguntó:

—¿De qué me tiene que sonar?

Sin perder un segundo, Martina le habló de cuando habían comprado aquel vestido a medias en cierta tienda de la calle Serrano, y ésta, al recordarlo, asintió y afirmó sonriendo:

—*Efectiviwonderrrrrrrrrr*. Uis..., pues mañana mismo ya me lo estás pasando.

Ambas rieron por aquello y a continuación se dirigieron hacia el lugar donde María había dejado el coche aparcado, como siempre, mal y en segunda fila. Algo muy típico de ella.